

ACTO CUARTO

Una capilla baja en el *Duomo* de Pisa. A la izquierda un altar ricamente adornado, sobre el que se ve un espléndido relicario. Los numerosos cirios encendidos sobre este altar alumbran la escena. En el fondo una ancha escalera, de ocho ó diez gradas, conduce á una verja de hierro, en parte abierta, y detrás de la cual se distingue la nave del *Duomo*, donde brillan algunas lámparas. A la derecha una puertecilla oculta en el muro. Guesos pilares.

ESCENA PRIMERA

FRAY ANTONIO. *Fieles que rezan.*

FR. A. *Amén.* Ya que concluyeron
todas nuestras oraciones,
retiráos, que la iglesia
va á cerrarse...
(*Los fieles se retiran lentamente.*)
Pues que acoges
con igual misericordia
sacrificios y rencores,
Dios mío, tú que comprendes

mis ansias, no me abandones.
No como el aventurero
á quien sus odios corrompen;
como el corazón me dicta
procederé. Dios perdone
al desgraciado en sus penas,
y en su angustia al sacerdote.

*(Sale por la verja del fondo y la cierra tras él.
Cuando desaparece por el fondo de la nave, abre-
se una puertercilla á la derecha y aparece Seve-
ro. Calla el órgano.)*

ESCENA II

SEVERO.

SEV. Dos horas más de tormentos.
¡Qué terribles y qué largas!
Vagando por esas calles,
cruzando por esas plazas,
sin encontrar en las sombras
ni un reflejo de esperanza.
¡Es aquí! Seguramente.
¡Y él solo, solo y sin armas,
reza siempre! ¡Necesito
recordar bien mis palabras!
«Aunque el altar le proteja,
aunque le guarde mi casa,
aunque fuera imprescindible
sorprenderle por la espalda,
juro cien veces matarle
para salvar á mi patria.»
¡Lo juré, y es necesario
que lo cumpla! ¡Dios le valga!
¿Y aún dudo? Diez inocentes
á los que en prisiones guarda
para que den testimonio

de sus crueldades mañana;
mil y mil hombres vencidos
bajo el poder de sus garras,
que en mí tan sólo confían,
y por su jefe me aclaman;
¡yo escarnecido! ¡Torelli
deshonrado! ¡Pisa esclaval
¿Y aún sigo dudando? Pisa,
tú que viste en hora aciaga
á Ugolino, allá en la torre
del Hambre, morder de rabia
los dos puños descarnados,
con la boca desgarrada,
y en sus hijos conteniendo
los impulsos de sus ansias
para que no se matasen
y que no se devoraran
entre sí, como leones
dentro de la misma jaula,
pronto vas á ver un hijo
loco de sed de venganza
y á quien su padre deshonra,..
¡y verás cómo lo mata!
¡Sí! Pisa, ciudad de horrores,
¡acrecenarás tu fama!
Es un monstruo, y sin embargo,
¡ay! ¿por qué siento en el alma
que la compasión me vence,
que la voluntad me falta?
Que no desoiga mis ruegos,
inspira tú mis palabras.
Dios mío; ¡y si se obstinase
en luchar, si no cesara?
¡Moriríamos entonces
los dos! ¡Ah! ¿Quién? ¡Virgen santa!
(Se esconde detrás de un pilar de la capilla.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA III

FRAY ANTONIO, BARNABO SPÍNOLA.

Fray Antonio llega por la nave, acompañando a Barnabo y alumbrando el camino con una linterna. Después abre la verja del fondo.

- FR. A. Señor, según la costumbre, debéis...
 BAR. ¡Y apenas que es vana y puerill...
 FR. A. Señor, respetos, rutinas...
 BAR. ¡Tomad la espada! ¿Quedó bien cerrado todo?
 FR. A. Todo, señor... ¿Y la daga?
 BAR. ¡Vigilad mucho! Que nadie se acerque...
 FR. A. Señor...
 BAR. Tomadla.
(Fray Antonio le saluda con una reverencia. Cierra la verja tras él y se aleja con las armas. Barnabo baja lentamente la escalera.)

ESCENA IV

BARNABO SPÍNOLA, SEVERO.

- BAR. Recemos, pues. *(Dirigiéndose hacia el altar.)*
 SEV. *(Saliendo.)* Y pues llegó el instante, ¡basta de dudas ya! ¡Cumpla su pena! ¡Spínola!...
 BAR. ¿Quién? ¡Tú!
 SEV. Yo.
 BAR. ¡Fray Antonio,
 mi espada!
 SEV. ¡No te alarmes! ¡Ten paciencia!

El monje á quien tus armas entregaste es mi cómplice!

- BAR. ¿Sí?
 SEV. Cerró la verja tan cuidadosamente, que podemos estar seguros de que nadie venga. ¡Estás, pues, desarmado!
 BAR. ¡Desarmado!
 ¿Y tú?
 SEV. ¡No! Ya lo ves; mi daga es buena.
 Hablemos, pues, y con reposo... padre.
 BAR. ¡Tú! ¡tú!..
 SEV. Sí... todo.
 BAR. ¿Tú?
 SEV. La infamia horrenda, el cobarde misterio... todo, todo, todo lo sé... ¿Comprenderás siquiera hasta qué punto te aborrezco? Tanto que contengo mi furia, ya que tiemblos, para poder gozarme por más tiempo de verte padecer en mi presencia. ¡Pero no! ¡pero no! ¡Si no es posible! ¡Si eres no más que el sanguinario déspota, sin un rayo de amor en las pupilas, sin un punto de luz en la concienzal ¿Tendré que confesarte que te odiaba? No. ¿Para qué?
 BAR. ¡Tú, tú! ¡Maldito seas!
 SEV. Pero desde que supe que á tu crimen, sólo á tu crimen debo la existencia, y el dolor de tener que despreciarme, y la deshonra vil, que me avergüenza, yo no sé qué decirte de mi angustia, yo no sé qué decirte de mis penas, yo no sé qué decirte de mis odios...
 BAR. ¡Oh!
 SEV. ¡Miserable, miserable! ¡Tiembala!
 BAR. ¡Severo!
 SEV. ¡Dilo ya! No dudes. «¡Hijo!»
 ¿Por qué no me lo dices? ¿Quién creyera

que temblaras oyéndome?

BAR. Severol
SEV. No, ¡dño de una vez! «¡Hijo!»
BAR. ¿Qué intentas?
SEV. Porque lo soy, porque los hijos tuyos es natural que al fin se te parezcan; porque heredé con tu viciada sangre tu instinto vil, tu condición de fiera, y porque, como tú, ya soy un monstruo, voy á beber la sangre de tus venas.
BAR. ¡Oh, Severol ¿Qué dices?
SEV. ¡Palideces!
BAR. ¿Yo? ¡No! ¡Mátame, pues! ¡No te arrepientas!
SEV. ¡Bah! ¿Te detienes ya?
SEV. Cuando ignoraba la magnitud terrible de mi afrenta, lo juré sobre Cristo, por mi patria, para librarla al fin de sus cadenas. Y ¡ay! luego, luego...
BAR. Pero ¿quién te dijo?
SEV. ¿Quién mi deshonra?
BAR. ¡Sí!
SEV. ¿Quién mi vergüenza?
BAR. ¡Sí!
SEV. ¿Quién sino la víctima? ¿Quién pudo si no decirme tus infamias?
BAR. ¡Ellal!
SEV. Mi madre. ¡Sí!
BAR. ¡Tu madre!
SEV. Y á mis labios vino su nombre. ¡Desgraciada! ¡Séal
¡Tantos años de angustias, de sollozos y de remordimientos y tristezas!
¡Oh! ¡Tu sangre! ¡tu sangre! ¡toda, toda, por una de sus lágrimas siquieral
¡Tómala!
BAR. ¡Desgraciado! No me incites.
SEV. ¡Desgraciado! No azuces mi impaciencia. No puedes ya salvarte. Mis amigos, vigilando por mí guardan las puertas. En mi poder estás. ¡Y sin embargo,

escucha! La feroz naturaleza del hombre más perverso, todavía aun en el colmo de su infamia, deja que al través de sus crímenes se escape alguna vez un rayo de clemencia. Y aunque ha de ser mi corazón perverso y vil, muy vil, para que no desmienta que te debo la vida... sin embargo, ya lo ves, tengo calma, tengo fuerzas para poder ahogar mis tentaciones, para que no se cumplan mis promesas y aun para que la mano vengadora que sostiene mi daga se detenga. ¡Huye! ¿Que soy perjuro? ¿quién lo duda? Pero obedece.
BAR. ¿Cómo? ¿Qué obedezca?
SEV. ¿Y es posible que así me lo propongas? ¡Yo recibir tus órdenes! ¿De veras? Niégate, y al instante moriremos uno tras otro.
BAR. Dí lo que desees.
SEV. Dame tu anillo ¡pronto! con el sello de tu poder. Más vale que la fuerza muchas veces la astucia, y es preciso para tu salvación contar con ella. Buscaré á mis amigos sin tardanza, y aunque es forzoso que al hablarles mienta, les contaré tu muerte. Con tu anillo se rendirán al fin las fortalezas, y el pendón gloriosísimo de Pisa ondeará, con el alba, en sus almenas, y el triunfo será nuestro.
BAR. ¿Quién lo duda?
SEV. Te daré libertad, la bolsa llena, y excelentes disfraces que te oculten y un buen caballo que corriendo vuelva, y con él y la escolta que te deje puedes ir sin temor adonde quieras; lejos, lejos de aquí, pronto, muy pronto. ¡Sin perder un momento!
BAR. ¡Qué vergüenza!

SEV. No dudes.
 BAR. Pero no, ¿qué es lo que digo?
 ¡Lástima grande de que así se pierdan
 un ingenio tan claro como el tuyo
 y una inventiva tan feliz y amena!
 Si todo cuanto dices lo refieres
 como chanza, no más, que me divierta,
 provocando mi risa, te aseguro
 que es la invención, en realidad, perfecta.
 ¡Y escuchando tu estúpido consejo
 me pude contener!

SEV. ¡Ah!
 BAR. ¿Conque ceda?
 ¿Conque tú me disfrazas? ¿De lacayo?
 ¿Conque tú me proteges y me prestas
 no tan sólo el auxilio de tu ingenio,
 la protección, que es más, de tus monedas?
 ¿Es que has supuesto que tan fácilmente
 con mi poder y mi valor se juega?
 ¿Es que mi propio nombre no me obliga?
 ¿Es que mi honor tan poco me interesa
 para que dé mi dignidad hollada
 satisfacción á tus palabras necias?
 ¿Ser tan cobarde yo? ¡Si no es posible!
 ¡Si parece mentira que te atrevas!
 ¡Mátame ya!

SEV. ¡No dudes, que me pierdes!
 BAR. ¡Si yo no dudol

SEV. ¿No? ¿Conque te niegas?
 ¡Oh! Calma, por piedad, y reflexiona,
 mira que se concluye mi paciencia;
 que quiero suplicarte, y con el alma
 suplicándote estoy, pero que, mientras,
 los odios me devoran y el ultraje
 y me va enloqueciendo la vergüenza.
 Entrégame tu anillo y te perdono.
 ¡Cedel

BAR. No.
 SEV. ¡Cedel
 BAR. Nunca.
 SEV. ¿No recuerdas

que aguardan mis amigos? ¿no supones,
 no sabes, dí, que la ciudad me espera?
 Pronto sospecharán de mi tardanza,
 pronto vendrán en busca de su presa.
 ¡Desgraciadol! ¿No ves, no ves la angustia
 con que te ruego? ¿no la ves? ¡Acepta!
 Jamás.

BAR. ¿Jamás?
 SEV. ¡Jamás!
 SEV. ¡Ah! Pues entonces,
 ¡basta! Vas á morir. Si puedes, reza.
 Arrodiillate... ¡Vamos!

BAR. ¡A tus plantas
 arrodillarme yo! ¡Qué más quisieras!
 SEV. ¡Y el cielo sobre ti no se derrumba!
 ¿Has desencadenado la tormenta
 para mofarte de su horror? ¡Pues mira
 cómo viene á buscarte la centella! (*Sacando la
 daga.*)

BAR. ¡Reto por reto! ¡Injuria por injuria! (*Colocándose
 solemnemente junto al altar.*)
 ¡Ven, y sobre el altar donde gotéa
 la sangre de Jesús que sacrifica
 por su Dios, que es su padre, la existencia,
 ven á matarme ya! ¡No tiembles, hijo;
 ven, que tu padre sin temblar te espera!

ESCENA V

DICHOS y DOÑA PÍA.

(*Doña Pía sale, detrás del altar, puñal en mano.*)

SEV. ¿Sí? ¡pues los dos!..
 PÍA. ¡Él solol (*Hiere á Barnabo.*)
 SEV. ¡No!
 BAR. ¡Tú!
 SEV. ¡Madrel

BAR. ¡Ah! ¡Te has vengado! (*Cae muerto.*)
 SEV. ¡Madre!
 PÍA. ¡Desfallezcol
 SEV. ¡Madre! ¿tú?
 PÍA. Me oculté. ¡Lo adivinaba!
 Mi amor, tus odios, tus palabras, Renzo...
 ¿Y quién era la víctima? ¿quién era
 la que más padeció con sus tormentos?
 ¿ni á quién le corresponde la venganza,
 Severo, más que á mí?
 SEV. ¡Madre!

ESCENA VI

LOS MISMOS y RENZO (*que entra apresuradamente.*)

REN. ¡Severo!
 PÍA. ¡Vedle! (*Señalando al cadáver de Spínola.*)
 REN. ¡Murió!
 PÍA. ¡Murió! ¡Mi débil mano
 con agudo puñal partió su pecho!
 Mientras que de su golpe se esquivaba.
 (*Señalando á Severo.*)
 se encontró con la punta de mi acero.
 ¡Ya Pisa es libre!
 REN. ¡Librel
 SEV. ¡Que los nombres
 REN. de honor y libertad llenen los vientos! (*Sale.*)
 SEV. ¡Madre! ¡madre!
 PÍA. ¿Me quieres, hijo mío?
 SEV. ¡Oh!
 PÍA. Lo comprenderás. ¡Yo te avergüenzo;
 tú quizás me desprecias!
 SEV. ¡Nunca! ¡nunca!
 PÍA. ¡Madre del corazón!
 ¡Cómo te quiero!

¡Por fin! (*Se hiere en el corazón.*)
 SEV. ¡Madre! ¡Jesús!
 PÍA. ¡Ya ves, tenía
 que mentir siempre!
 SEV. ¡Madre!
 PÍA. ¡No, no puedo!
 SEV. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
 PÍA. ¿Lloras? Oye.
 SEV. ¿Qué quieres, madre?
 PÍA. ¡Por piedad, silencio!
 (*Cae muerta.*)

TELÓN RÁPIDO



Faltaría á un deber de justicia y dejaría de ser sincero si no consignara aquí la expresión de mi reconocimiento más profundo hacia los directores y primeros actores del Teatro Español (que han interpretado el papel de protagonista—D. Wenceslao Bueno—y el de *Barnabo Spinola*—D. José Mata—) y hacia los artistas todos del clásico coliseo, que, cada cual por su parte, y aun aceptando algunos empeños inferiores á su categoría, han contribuído al éxito de esta obra con su inteligencia, sus dotes y su actividad, poseídos de fé indudable y de verdadero entusiasmo.

La Sra. Argielles ha puesto de relieve, una vez más—dando vida á la infortunada madre de *Severo*,—su sentimiento dramático y su renombrado talento de primera actriz; la Sra. Sala ha prestado singular atractivo y encantos nuevos á la poética figura de Porcia; la Srta. Gardeta, distinguida alumna pensionada del Conservatorio y discípula del Sr. Blasco, interpreta, con preciosa voz y estilo excelente, la melodía del acto tercero.

Y aún he de consagrar algunas palabras,

*porque ser agradecido
obligación mayor es
para el hombre bien nacido,*

como dijo el Duque de Rivas, á Bueno, de un modo especial, por circunstancias que á él le honran mucho y que yo nunca olvidaré, y al maestro Juarranz, mi antiguo y buen amigo, que ha coadyuvado al éxito de este arreglo, de una manera tan feliz como generosa, escribiendo la inspirada melodía que, según dicho queda, se intercala en el tercer acto.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

